

# A Sarah, la de Racine

Por AZORIN

SEÑORA: Recibid un respetuoso y cordial saludo de un apasionado amorador de Francia. Al pensar—cuando comienzo a escribir estas cuartillas—que he de leerlas en vuestra presencia, experimento una profunda emoción. Habéis sido la más genial intérprete de Racine, y entre todos los poetas de vuestra patria, el autor delicado y violento de «Fedra», es quien se lleva mis preferencias. Yo imagino que todo un mundo poético va a entrar en la penumbra cuando desaparezcáis de la escena. ¡Figuras maravillosas de Andrómaca, de Fedra, de Atalía y de Berenice! Habéis dado con vuestro genio vida plena y pujante a esas grandes creaciones. Lentamente, como sombras que se van esfumando, irán desvaneciéndose en la lejanía. Otra gran artista de la escena habrá de reanimarlas...

Amáis, señora, nuestra España. Permitid que dirija la mirada hacia vuestro bello país. El culto del espíritu ha hecho a ese gran pueblo. Francia es grande en el mundo por su delicada y noble espiritualidad. Pascal ha expresado la angustia de lo infinito, y Racine ha llegado a la más alta cumbre de lo trágico en la pasión. Citaba yo hace un momento algunos de los personajes creados por el gran poeta. Dad

licencia a un extranjero para que imagine que la figura que más bella y hondamente encarna vuestro genio, el genio de vuestro pueblo y el genio de vuestra raza, no es la infortunada

## Sarah Bernhardt en España



SARAH BERNHARDT, vista por BAGARIA

Fedra, pálida y titubeante, terriblemente trágica, sino Berenice, la delicada, la sensitiva, la que hace con palabras de suavidad inefable apasionarse ardientemente a Tito y amar con se-

creta desesperanza a Antíoco. No ocurre nada en ese drama, y se desliza, sin embargo, a lo largo de sus cinco actos, el conflicto más formidable. El adiós apacible, impregnado de melancolía, que al final se dan los tres protagonistas, es la más terrible tragedia.

Y ése, señora, es vuestro arte nacional; ése es vuestro pueblo y ése es vuestro genio más alto. Tenéis la sonrisa amable y dulce frente a las más duras adversidades de la vida. Habéis demostrado recientemente, ante el mundo, que sabíais, frente a la angustia suprema, conservar inmarcesible la flor de la gracia y de la serena confianza. Os halláis, insigne actriz, en un pueblo hermano del vuestro. Nuestro paisaje es severo y noble. Nuestros hombres tienen la misma contextura de ese paisaje. Cuando Juan Racine, el maravilloso creador de «Berenice», fué cronista militar del gran Rey, cuenta que, al llegar el Monarca a Gante, se rindieron los españoles de la plaza, forzados por el hambre, y el gobernador, «viejo y barbudo», dijo a Luis XIV: «Vengo a entregar Gante a Vuestra Majestad. No tengo más que decir».

La sobriedad de ese soldado, barbudo y viejo, es, señora, nuestra sobriedad. Habéis vencido nuestros corazones por la admiración y el afecto, y os los rendimos sin tener que añadir vanas palabras.

(Tomado de *El Sol*, Madrid).

## LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

### La tristeza

Por A. CHEJOV

LA capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco,

como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la

tiesura de palo de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero!—oye de pronto Yona.— ¡Llévame a Viborgskaya!